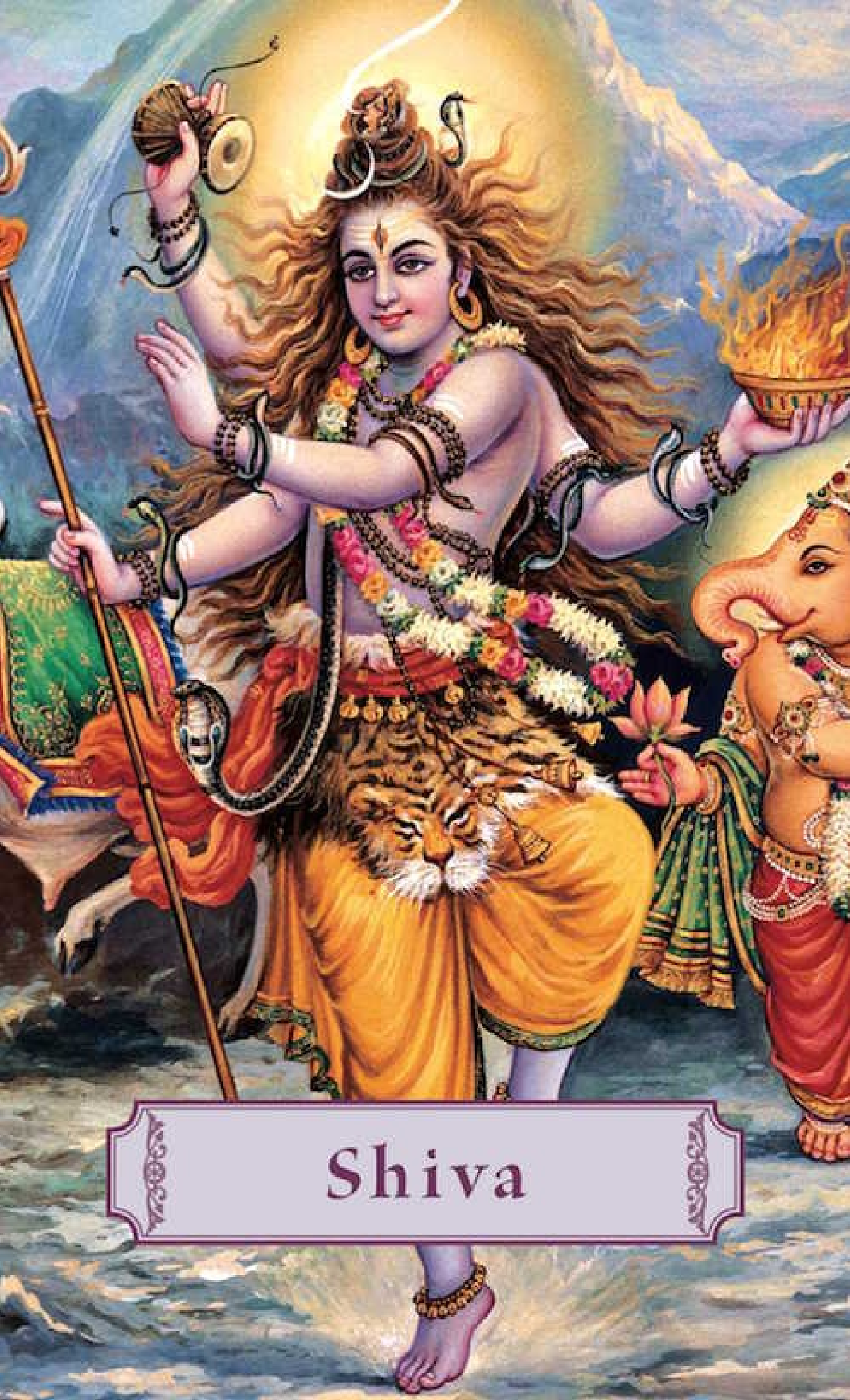
Shiva

Así instruía el sabio Vasishtha al legendario Râma:

Tú eres el ser, querido Râma, no la mente. ¿Qué puedes hacer con ella? La mente que reside en el cuerpo no tiene nada que ver con el ser, aunque crea impúdicamente ser el propio ser. Esa creencia te priva de coraje. ¡Deshazte de este fantasma y mantente firme, amado Râma! Ni las escrituras, ni los parientes más queridos, ni los gurús o preceptores, pueden proteger al hombre que está dominado por el fantasma de su mente. Por el contrario, cuando uno ha vencido a ese fantasma, las escrituras y los gurús nos pueden ser de gran ayuda, como uno puede sacar a un animal de un charco de barro con relativa facilidad si el animal se deja. Los que han vencido a ese fantasma son gente buena que rinde un excelente servicio al mundo. En resumen, uno debe salir por sí mismo de la ignorancia, venciendo el duende del sentimiento del ego. No deambules por el bosque de la existencia como un animal con forma humana, querido Râma. No te enfangues en el pantano de las relaciones familiares a causa de este cuerpo impermanente y extraño. El cuerpo ha nacido de otro cuerpo, está protegido por el sentimiento del

ego, y su felicidad y su dolor son experimentados por otro: ése es el gran misterio.

Igual que la naturaleza esencial de una vasija no es diferente a la de una pieza de tela, la naturaleza de la mente no es esencialmente distinta a la de la consciencia. En relación con esto, ahora te contaré una enseñanza que me impartió el Señor *Shiva*; la visión que se revela en esta enseñanza es capaz de destruir la más intensa de las ilusiones.

Enseñanza de Shiva

Todo esto ocurrió en la morada de *Shiva* conocida como Kailâsa. Residí allí durante algún tiempo, adorando a *Shiva* y practicando penitencias, rodeado por sabios perfectos con los que solía comentar las verdades de las escrituras.

Una tarde estábamos ocupados en la adoración ritual a *Shiva* en una atmósfera saturada de paz y de silencio. La oscuridad de aquel bosque era tan densa que parecía poder cortarse con un cuchillo. En un momento me pareció ver una gran luz en el bosque. Con mi visión externa vi la luz y con la interior me pregunté acerca de su naturaleza. Comprendí que era el propio Señor *Shiva* que paseaba por allí

con su esposa Pârvatî, cogidos de la mano. Delante de ellos iba su vehículo Nandi abriendo paso al Señor. Comuniqué la divina presencia a los discípulos congregados junto a mí y fui a donde estaba el Señor.

Saludé al Señor y le ofrecí la adoración adecuada. Permanecí mucho rato saboreando con mis ojos la visión divina. El Señor *Shiva* me dijo entonces:

¿Encuentras algún obstáculo en tus penitencias o marchan de forma adecuada? ¿Has alcanzado ya el conocimiento más valioso que disipa todos los temores internos?

Respondí respetuosamente al Señor:

Supremo Señor, los que tienen la fortuna de ser tus devotos no encuentran ninguna dificultad en alcanzar eso y no sienten miedo en absoluto. Todos en este mundo te respetan y se arrodillan ante tus devotos que constantemente te recuerdan. En todas partes, en todas las ciudades, en todas las montañas, hay gente que te rinde devoción en el fondo de su corazón de un modo sincero y reverente. Tu recuerdo es el fruto de los méritos adquiridos en pasados nacimientos y la garantía de una bendición todavía más poderosa en el futuro. Tu constante recuerdo, señor, es

como un vaso de néctar, la puerta abierta a la liberación. Adornado con la preciosa y radiante joya de tu evocación, Señor, he vencido todas las calamidades que hubieran podido asaltarme en el futuro.

Señor, aunque he conseguido por tu gracia el estado de realización del ser, todavía estoy impaciente por saber más acerca de un asunto. Te ruego que me lo aclares. ¿Cuál es el método de adorar al Señor que elimina todas las culpas y produce un futuro auspicioso y feliz?

El Señor respondió al instante:

¿Sabes quién es Dios? Dios no es *Vishnu*, *Brahmâ* ni *Shiva*, ni el viento, ni el sol ni la luna, ni los *brahmânas* ni los reyes, ni tú ni yo, ni Laksmî ni la mente. Dios no tiene forma y no está determinado por objeto alguno, sea cual fuere; el esplendor (*devanam*) no creado que no tiene principio ni fin, es lo que se conoce como Dios o el Señor *Shiva*, que es consciencia pura. El sólo es todas las cosas y sólo él merece ser adorado.

Si te sientes incapaz de adorar a ese *Shiva* entonces tienes que adorar esta forma que produce frutos finitos, pero sólo el primero produce la eterna felicidad. El que olvida el

infinito y siente devoción por lo finito, es como si abandonara un delicioso jardín para refugiarse bajo un arbusto espinoso. Sin embargo, algunos sabios adoran esta forma complacidos durante algún tiempo, antes de entrar en contacto con el *Shiva* sin forma del que te he hablado.

Los instrumentos empleados en esa adoración son la sabiduría, el autocontrol y la percepción del ser, que es el Señor *Shiva* el único digno de adoración con las flores de la sabiduría.

En ese momento pregunté al Señor

Te lo ruego, explícame cómo se convierte este mundo en consciencia pura y cómo esa consciencia se manifiesta como el *jîva* y el resto de los objetos.

El Señor me respondió:

Sobre la disolución y la creación

Lo único que existe en este mismo momento, completamente vacío de objetividad, es la consciencia infinita o *chid-âkâsha*, que sigue existiendo después de la disolución cósmica. Los conceptos y nociones iluminados por la consciencia en su interior, brillan como esta creación a causa del movimiento de la energía *shakti* en el interior de la consciencia, del mismo

modo que los sueños surgen en el estado onírico. Ningún objeto de percepción puede existir fuera de esta consciencia omnipresente e infinita.

Todas estas montañas, el mundo entero, el firmamento, el ser, el *jîva* y todos los elementos que forman este mundo, no son más que consciencia. Antes de lo que conocemos por creación, cuando la consciencia existía en soledad, ¿dónde estaba todo esto? Hablar de *âkâsha*, *paramâkâsham (âkâsha* infinito), *brahmâkâsham (âkâsha* de *Brahmâ*), de creación, consciencia, etc… es pronunciar distintas palabras con el mismo significado, todas son sinónimos. Como la dualidad que experienciamos en los sueños entre el soñador y lo soñado, es ilusoria, la dualidad implícita en la creación del mundo de la vigilia también es fantástica. Como en un sueño los objetos parecen existir y actuar en los límites de su mundo soñado, los objetos imaginados en el mundo de la vigilia también parecen existir y actuar separados de la consciencia misma. Pero en ambos casos, nada de esto sucede realmente. La consciencia es la única realidad substancial, tanto en el sueño como en la vigilia. Ella es el Señor, la verdad suprema: tú eres Eso, yo soy Eso y

todo lo que hay es Eso.

La adoración a Shiva Mahâdeva

La sumisión a este Señor es el culto verdadero por el que se obtienen todas las cosas. Es indiviso e indivisible, no dual y no producido por ninguna otra actividad, no puede alcanzarse por un esfuerzo exterior. Su adoración es un manantial de dicha.

Los ritos externos se prescriben únicamente para aquéllos cuya inteligencia aún no ha despertado y está inmadura como la de los niños. Cuando uno no posee autocontrol, tiene que utilizar flores y substancias olorosas para rendir culto a Dios, pero ese culto es inútil, porque adorar al ser en su forma externa siempre es algo innecesario. A pesar de ello, estos inmaduros devotos obtienen satisfacción rindiendo culto a ese objeto divino que ellos mismo han creado e incluso pueden conseguir valiosas recompensas por esta acción.

Ahora voy a decirte cómo deben adorar a ese Dios los iluminados como tú. El Señor al que debemos rendir culto es algo que sobrepasa toda la creación, que está más allá de toda descripción posible, más allá de conceptos como todo o la

totalidad en su conjunto. Lo que se designa como Dios es algo indiviso e indivisible en el espacio y en el tiempo, cuya luz ilumina todos los objetos, la consciencia pura y absoluta. Es la inteligencia que está más allá de todo análisis porque se mantiene oculta bajo todo lo que existe, la existencia de todo lo existente y que despoja a los seres de su existencia, puesto que ella también vela y oculta la verdad del ser. Esté *Brahman* que está a medio camino entre el ser y el no ser, es el verdadero Dios o *Mahâdeva* y la verdad designada como OM. Existe en todas partes como la savia que nutre a la planta. La pura consciencia que hay en tí mismo, en mí y en los dioses y diosas, sólo es este Dios que todo lo penetra. Los demás dioses dotados de forma no son nada más que esa consciencia pura. El universo entero sólo es esa consciencia. Eso es Dios y todo lo que llamamos yo: todas las cosas se alcanzan desde y a través de él.

Este *Brahman* no está lejos de nosotros, ni es difícil de alcanzar: está siempre establecido en el cuerpo y se extiende por doquier como el espacio. Es el que hace todo, el que come, el que capta todas las cosas, el que anda, el que respira, el que conoce todos los miembros del cuerpo, la

energía por la que funcionan todos esos miembros y por la que todas las acciones se efectúan. Se halla oculto en la cueva del corazón (*hridayam*). Trasciende la mente y los sentidos y en consecuencia no puede ser captado ni descrito por ellos y sólo se denomina consciencia por motivos didácticos. Aunque parece que lo hace todo, está siempre inactivo. Esta consciencia pura se ocupa de la actividad del mundo como la primavera se ocupa de la floración de los árboles.

A veces esta consciencia se manifiesta como espacio, otras como *jîva* o alma individual, otras como acción, otras como sustancia y como todo lo demás, pero nunca pretende hacer esto deliberadamente. Igual que todos los océanos son en realidad una masa indivisible de agua, esta consciencia es una sola masa de consciencia cósmica aunque se la describa de distinta forma y con nombres distintos. En la consciencia es como un loto, pero en el universo satura toda la experiencia como la miel que degusta la inquieta abeja de la mente. Todos los seres del universo fluyen en su interior como los remansos y los remolinos fluyen en el océano. La rueda de la ignorancia que nunca deja de dar vueltas produciendo la vida y la muerte de los seres,

agita el interior de esta consciencia cósmica cuya energía está en perpetuo movimiento.

Fue la consciencia, revestida con las cuatro armas de *Vishnu*, la que destruyó a los demonios, como la estrepitosa tormenta acompañada del arco iris apaga el calor de la tierra abrasada por el sol. Esta misma consciencia es quien toma la forma de *Shiva* o *Pârvatî*, del creador *Brahmâ* y de todos los dioses. Es como un espejo que parece captar los reflejos que se producen en su seno, sin sufrir ninguna alteración y manifestándose de ese modo como los innumerables seres del universo.

Esta consciencia es como una ascendente enredadera impulsada por las tendencias latentes de los *jîvas*. Los deseos son sus yemas, las acciones pasadas sus filamentos, los seres animados e inanimados sus órganos y sus miembros. Y lo que es uno parece ser muchos, sin transformarse en esos muchos.

Todo es pensado, desplegado y hecho por esa infinita consciencia que brilla como el sol. Se manifiesta como todos esos cuerpos que en realidad son inertes y que se producen mutuas experiencias al entrar en contacto unos con otros. Es como un tifón, que sólo puede ser visto

porque agita infinitas partículas de arena y de polvo como si se movieran por sí mismas.

Esta consciencia parece proyectar una sombra en su interior que es lo que se considera inercia o tamas. Del mismo modo, en el cuerpo, los pensamientos y las ideas, que sólo son su sombra, generan acciones a la luz de esa consciencia. Sin ella, no podríamos percibir un objeto aunque estuviera frente a nosotros, porque el cuerpo no puede existir ni funcionar sin ella. Lo que surge en esa consciencia, sólo es consciencia.

En ese momento —siguió diciendo Vâsishtha — pregunté al Señor:

Si la consciencia es omnipresente, ¿cómo puede haber cosas insentientes e inertes en este universo, cómo es posible que lo que está dotado de consciencia pierda la consciencia?

Shiva agradeció esta pregunta y me contestó:

La materia como estado inconsciente de la consciencia

La consciencia omnipresente, que es todo en todos, existe en este cuerpo tanto en su forma cambiante como en su forma inmutable. Igual

que una mujer sueña que es otra distinta con un marido diferente, la consciencia imagina poseer otra naturaleza, igual que un hombre invadido por un furor incontrolable parece ser otro hombre, la consciencia asume distintos aspectos y diferentes funciones sin dejar de ser ella misma. En algunos de esos estados se siente inconsciente e inerte, material.

De ese modo, se transforma en su propio objeto, creando el espacio, el aire y los demás elementos materiales. Al mismo tiempo, en su interior, proyecta el tiempo y se transforma en un *jîva* dotado de inteligencia y mente limitadas. La consciencia se transforma a sí misma en algo aparentemente inconsciente e inerte, como el agua se transforma en hielo transparente. A consecuencia de ello, la mente se torna confusa y comienza a acumular deseos y expectativas, cae en el cebo de la lujuria y de la angustia, siente experiencias favorables y adversas y se agarra desesperadamente a vanas esperanzas que perpetúan esa ilusión. Autoengañada de esta forma, pasa de la ignorancia a la más completa estupidez. Durante la infancia, la consciencia engañada está a merced de los demás, en la juventud persigue sin tino las riquezas y los

placeres sexuales que la llenan de temor y preocupación, en la vejez es arrojada a la enfermedad y a la muerte por sus propias acciones (*karma*). A causa de ese *karma*, nace fuego en el cielo o en el infierno, o vuelve a la tierra como un ser humano, como un animal o como un ser inerte. Esta misma consciencia funciona como el sol, la luna, el viento y los factores que provocan los cambios de estaciones, como el día y la noche. Esta misma consciencia es la fuerza vital (*prâna*) en las semillas y las características específicas de todo lo inerte. ¡Esta consciencia, condicionada por su imaginaria autolimitación, se asusta de sí misma! Ésta es la verdad de la consciencia individual que llamamos *jîva*. También se la conoce como *karma-âtmâ*, el ser prisionero en la rueda de la causa y el efecto.

¡Comprende el tremendo poder de esa inercia que llamamos *tamas*! A causa del simple olvido de su estado natural, la consciencia sufre grandes trastornos y sufrimientos y experiencia un estado digno de compasión.

La consciencia piensa erróneamente que es desgraciada, como una mujer desequilibrada puede pensar que es una pordiosera. Como un

hombre atormentado por una pesadilla, gime desconsolado creyendo que ha muerto, la consciencia se imagina miserable y limitada, aunque tal cosa sea irracional e infundada. Debida a la falsa asunción del sentimiento del ego, la consciencia piensa que el mundo es lo real y que ella es un cuerpo limitado y frágil. La única causa de experienciar el mundo como real es la mente, pero no puede ser considerada una verdadera causa si tenemos en cuenta que esa mente no puede ser distinta de la consciencia infinita. Cuando se comprende en profundidad que la mente perceptora es irreal, queda muy claro que el mundo percibido también es irreal.

En la consciencia pura no existe la división del que ve, lo visto y la visión, como en una roca no puede haber aceite. La distinción entre yo y tú también es imaginaria. La diferencia entre la unidad y la multiplicidad es meramente verbal. Como la oscuridad no existe en el sol, estas nociones no existen en absoluto en el ser. Los opuestos como el ser y el no ser, el vacío y el no vacío, son meros conceptos. Cuando son investigados en profundidad, desaparecen y lo único que queda es la consciencia pura inmodificable.

La consciencia no puede sufrir modificación alguna ni adquirir impurezas de ninguna clase. Esas impurezas también son imaginarias: la imaginación es precisamente la impureza. Cuando esto se comprende, cesa la imaginación y la impureza. Sin embargo, incluso en aquellos que lo han comprendido ya, la impureza se mantiene hasta que la imaginación ha sido completamente extirpada. Por el esfuerzo personal esta imaginación puede ser rechazada con facilidad, ¡uno puede dejar caer los tres mundos con la misma facilidad que suelta una caña sujeta entre sus manos! ¡No hay nada que no pueda conseguirse con el propio esfuerzo!

La consciencia infinita, inmodificable y no dual, no puede ser comprendida por la mente individual. Es pura, eterna, omnipresente y vacía de mente, inmodificable e inmaculada, la consciencia inmóvil que existe como el testigo de todo lo que hay, como la luz alumbra los objetos materiales sin realizar ninguna acción especial. En la materia es la energía que dinamiza lo inerte. Está en todas partes sin sufrir divisiones particulares en la pluralidad de las cosas.

Cuando esta consciencia infinita, vacía de

conceptos y extremadamente sutil, se olvida de sí misma, alimenta pensamientos y siente todo tipo de percepciones, aunque eso sólo es posible a causa de su propia naturaleza, momentáneamente olvidada; el que duerme, aunque no lo parezca, también permanece despierto en su interior.

Por la identificación con su propio objeto, la consciencia parece reducirse a sí misma a un estado de pensamiento y angustia, como el oro adulterado toma el aspecto del cobre, pero cuando se ha purificado brilla como auténtico oro. Cuando la consciencia infinita se olvida de ella misma surge la noción de universo, que cesa de inmediato por el autoconocimiento.

El funcionamiento de la mente, cuerpo sutil o puryashtaka

El sentimiento del ego o *Ahamkâra*, que es la base de la mente, surge precisamente en el momento en que la consciencia toma consciencia de sí misma en su interior. Con el menor pensamiento, este sentimiento del ego, que no es otra cosa que consciencia, se derrumba como una roca por la pendiente de una montaña. Sin embargo, incluso en ese momento, ese

sentimiento del ego sólo es consciencia, que es la realidad de todas las formas y todas las experiencias. El movimiento del aire vital o *prâna* produce una representación en el interior y un objeto que parece estar en el exterior. Pero la experiencia de la representación es la consciencia pura. El *prâna* aparentemente inerte de la sensación táctil, que llamamos *sparsha*, entra en contacto con su objeto y aparece el sentido del tacto. Pero la consciencia de la sensación táctil sólo es consciencia pura. También es el *prâna* el que permite a la nariz oler los aromas que son modificaciones de esa misma energía, pero la consciencia del olor es consciencia pura. Si la mente no está unida al sentido del oído, no es posible oír. También es la consciencia pura la que experiencia el sonido.

La acción surge del pensamiento, el pensamiento es la función de la mente y la mente es consciencia condicionada, pero la consciencia, de hecho, es incondicionada. El universo sólo es una representación en la consciencia, como una imagen que se refleja en una bola de cristal, pero la consciencia no está condicionada por esa reflexión. El "*jîva*" es el vehículo de la consciencia, el sentimiento del ego (*Ahamkâra*)

es el vehículo del "*jîva*", la inteligencia (*buddhi*.) el vehículo del sentimiento del ego, los pensamientos (manas) el vehículo de la inteligencia, el "*prâna*" el vehículo de los pensamientos, los sentidos (*indriya*) el vehículo del "*prâna*", el cuerpo el vehículo de los sentidos, y el vehículo del cuerpo es el movimiento, la acción, el "*karma*". Cuando funciona el "*prâna*", la mente actúa, porque el "*prâna*" es el vehículo de la mente. Pero cuando la mente se hunde en el corazón (*hridayam*), el "*prâna*" deja de moverse. Y cuando el "*prâna*" no se mueve, la mente alcanza el estado de quietud, es decir no produce ese reflejo de la consciencia que pone en marcha el mundo y el "*jîva*". Mientras se mueve el "*prâna*", la mente continúa actuando, como un jinete se mueve mientras su caballo está en marcha.

La reflexión de la consciencia en sí misma se conoce como "*puryashtaka*". La mente sólo es "*puryashtaka*", aunque otras escuelas prefieren describirla como el conjunto de los cinco elementos, el órgano interno (manas, *buddhi*, *Ahamkâra* y *chitta*), el "*prâna*", los sentidos del movimiento o "*karmendriya*", los sentidos del conocimiento o "*jñânendriya*", la ignorancia, el

deseo, y el *karma*. También se conoce como "*linga sharîra*" o el cuerpo sutil. Puesto que todo esto surge de la consciencia, existe en la consciencia y se disuelve en la consciencia, la única realidad es la propia consciencia.

El cuerpo es una masa inerte movida por la mente y el "*prâna*". Igual que un trozo de hierro se mueve en presencia de un imán, el "*jîva*" se mueve en presencia de la consciencia omnipresente e infinita. El cuerpo inerte se pone en marcha por la consciencia cuando ésta se identifica con la energía vital (*prâna*). Este "ser activo" o "*karamâtmâ*" es el que conserva al cuerpo en movimiento. Pero quien ha imaginado a la mente y al "*prâna*" como agentes de la vida en el cuerpo, es la consciencia, el ser supremo.

Cuando esta limitación se ha producido, las otras la siguen sin tardanza, como una enfermedad psicosomática e inevitable, como las olas que comienzan a rizar la superficie del océano crecen y crecen hasta convertirse en grandes y temibles tempestades. La consciencia, al perder el conocimiento de sí misma, se convierte en un "*jîva*" limitado y vulnerable. Actuando bajo el pesado velo de la ignorancia, es incapaz de reconocer el daño que se está

infligiendo a sí misma, como un borracho que maneja una espada se hiere a sí mismo sin poder evitarlo. Pero la consciencia puede recuperar el autoconocimiento, como el borracho puede volver a estar sobrio si deja de tomar el líquido que lo intoxica.

Cuando la mente pierde su soporte, que es el sentimiento del ego, permanece en el ser. Cuando el *puryashtaka* (el cuerpo sutil en su conjunto) se despoja de sus soportes, alcanza el estado de quietud y queda inmóvil. Cuando la consciencia, a causa de su objetivación, se confunde y engaña a sí misma, las *vâsanâs* o condicionamientos mentales operan a su antojo; la consciencia olvida su naturaleza esencial al identificarse con ellas.

Cuando el loto del corazón se abre, la mente o *puryashtaka* se pone en funcionamiento, cuando ese loto se cierra, el cuerpo sutil o *puryashtaka* deja de funcionar. El cuerpo vive mientras *puryashtaka* funciona; cuando deja de moverse, el cuerpo muere. Dicho de otro modo, cuando *puryashtaka* deja de funcionar, el cuerpo muere y la mente busca otra envoltura para llenarla de tendencias ocultas, con las que forja nuevos eslabones que le permitan seguir

olvidando su naturaleza de consciencia pura. Los cuerpos son ocupados y abandonados por el *jîva* como los árboles retoñan nuevas hojas librándose de las antiguas. Los hombres sabios no permiten ninguna acumulación de *vâsanâs* que faciliten esos cambios.

En ese momento Vâsishtha preguntó de nuevo al Señor:

¿Cómo puede cesar esa falsa dualidad de la consciencia fortalecida por siglos de confirmación?

El Señor respondió:

Sobre la cesación de la mente

Puesto que la consciencia está presente en todo momento y en todas partes, la dualidad es absurda e imposible. El concepto de uno surge del concepto de dos, y viceversa; cuando la dualidad se comprende como diversidad de la consciencia, se ve como consciencia y nada más; entonces el efecto y la causa son una y la misma cosa, indivisible, perfecta. Puesto que la consciencia es su propio objeto, no deja de ser consciencia en ningún momento; sus modificaciones son pensamientos vacíos de sentido. Decir que hay olas sobre la superficie

del océano es como decir que montañas de agua flotan sobre el mar. ¿Pero qué son las olas separadas del océano o qué son los pensamientos separados de la consciencia? Sólo la consciencia es eso, yo y lo que hay entre ambos, es decir el factor que percibe la diferencia entre eso y yo. La consciencia infinita que es una, se percibe diversa y plural como *Brahman*, la verdad, *Shiva*, el vacío, el ser supremo, uno y sin segundo.

Lo que está más allá de todas estas formas y estados de consciencia, el ser supremo que significamos con el puro yo, no tiene palabras para ser descrito. Lo que se percibe en el mundo como diverso es en sí mismo indivisible. Cuando esta consciencia se cubre con una reflexión o representación secundaria, percibe la dualidad y se siente atada a esa ignorante imaginación. Esta fantasía provoca la substancialidad de los objetos y la experiencia del mundo objetivo confirma la realidad de esos objetos. El sentimiento del ego va ganando credibilidad a medida que se reafirma en su papel de agente (*karta*) de las acciones y experienciador (*bhokta*) de las percepciones. Y lo que en un principio sólo fue una coincidencia accidental, se transforma con el tiempo en un hecho indudable.

La creencia en la existencia de los duendes, provoca su existencia. La creencia en la dualidad, provoca la dualidad. Cuando se conoce el ser no dual, la dualidad se desvanece como por encanto. La creencia da origen a la diversidad, cuando rechazamos esa creencia, la diversidad desaparece. Las creencias y los pensamientos conducen indefectiblemente al dolor, mientras que el no pensamiento y la ausencia de creencias es la pura felicidad. Con la ayuda del fuego de la sabiduría, evapora el agua de tus creencias y queda en paz para siempre al captar la consciencia una e infinita.

Mientras el rey olvida que es rey, se siente miserable. Cuando recuerda lo que es, su preocupación desaparece. Cuando pasa el monzón lluvioso, el cielo no puede acumular nubes que le oculten, cuando se comprende la consciencia infinita, las nubes de la ignorancia desaparecen para siempre.

La existencia del universo es real e irreal al mismo tiempo; el Señor los une, los trasciende y es ambas cosas a la vez. El universo es consciencia manifestada, pero en su forma inmanifestada también es consciencia. La objetivación de las percepciones provoca el auto-

olvido del ser. Pero incluso en ese estado de diversidad y actividad, la consciencia permanece realmente libre e indivisa, por que es el *Brahman* siempre inmóvil aparentemente manifestado como universo en virtud del instrumento de la mente y sus tres aspectos o modos: la vigilia, el sueño onírico y el sueño profundo.

Las fases de tranquilización de la mente

Cuando la mente es destruida por la mente, el velo se rompe y la verdad de este mundo ilusorio queda al descubierto, la idea de mundo objetivo y de *jîva* individual desaparecen por completo. El estado en el que la mente purificada abandona la costumbre de construir imágenes objetivas, se conoce como *pashyantî*. Es un estado de homogeneidad de consciencia parecido al sueño profundo, que impide la aparición de nuevos pensamientos. Es el primer estado de tranquilización mental.

Ahora voy a describirte el segundo estado. La consciencia desprovista de mente es toda luz, libre de oscuridad, hermosa y pura como el espacio. La consciencia se libera a sí misma de

todas las modificaciones o dualidades y permanece como en sueño profundo o como una figura todavía no esculpida en el mármol. Abandona los conceptos de tiempo y espacio y trasciende el movimiento y la inercia; permanece como puro ser más allá de toda expresión. Trasciende los tres estados de consciencia y permanece en el cuarto, *turîya*, que es el estado de la consciencia indivisa. Éste es el segundo estado de tranquilización mental.

Ahora voy a describirte el tercero. Está más allá de lo que se indica con el término *Brahman*, el ser, etc… A veces se le llama *turîyatîta* (más allá del cuarto) y es el estado supremo. Desafía toda descripción, porque está más allá de todos los acontecimientos descritos por aquellos que lo perciben.

Permanece siempre, sabio Vâsishtha en este tercer estado, que es la verdadera adoración del Señor, más allá de lo que es y de lo que no es. Nada ha sido creado y por tanto, nada puede desaparecer. Tal estado está más allá de lo uno y de lo otro. Es una masa pura de consciencia más allá de lo eterno y de lo transitorio. En él no se plantea ninguna cuestión de diversidad. Es la paz y la felicidad más allá de toda expresión posible.

El OM más puro, trascendente, supremo.

Después de decir esto, el Señor *Shiva* quedó en profunda contemplación durante algún tiempo y Vâlmikî, Vâsishtha y los demás sabios respetaron escrupulosamente su silencio. Después de permanecer inmerso en sí mismo durante cierto tiempo, el Señor abrió sus ojos y continuó:

Otra exposición de la naturaleza de la mente

Abandona el hábito de aprehender los objetos con tu mente, sabio Vâsishtha. Los que conocen lo único que merece la pena conocer, dicen que el ser es la espada que corta por igual la paz y las preocupaciones. Pero si lo prefieres, sigue prestando un mínimo de atención extrovertida para que puedas oír lo que ahora voy a decirte.

¡Nada se consigue estando completamente inactivo! Este cuerpo se conserva vivo y activo por la energía vital o *prâna*. Sin esa fuerza vital el cuerpo es completamente inerte. La inteligencia que experiencia todo esto es la consciencia sin forma. Cuando cesa el contacto del cuerpo y la fuerza vital, lo único que ocurre

es que esa energía se separa de ese cuerpo. La consciencia, más pura que el espacio, no perece en esa separación.

Un espejo limpio refleja lo que está ante él, pero cuando está cubierto de suciedad no se produce la reflexión. Del mismo modo, cuando el *prâna* ha dejado de mover el cuerpo, aunque seguimos viéndolo, ya no refleja los objetos como cuando estaba en contacto con el *prâna*.

La consciencia, aunque es infinita y omnipresente, puede limitarse a tomar consciencia del cuerpo y de la mente. Cuando este defecto de objetivación es superado, brilla por sí misma como el ser supremo. Ella misma es el creador *Brahmâ*, *Vishnu*, *Shiva*, *Indra*, el sol, la luna y el Señor Supremo. Algunas de estas divinidades, como *Brahmâ*, *Vishnu y Shiva*, no son engañadas por la ilusión cósmica. Sólo son aspectos de la consciencia infinita que participan de su naturaleza esencial, como el hierro al rojo vivo participa de la naturaleza del fuego. Por que ninguna de estas divinidades ha sido creada por la consciencia infinita ni existe con independencia de ella. En realidad, no son más que ideas, aunque siempre hay ideas más densas e importantes que otras. Resultaría inútil e

imposible describir el alcance de todas las ideas que pueden brotar de la ignorancia.

Decir que el ser supremo es el padre de *Brahmâ*, *Vishnu y Shiva*, es un mero modo de hablar. Sólo la consciencia infinita merece ser adorada y venerada. Pero es inútil rendirle adoración, y ningún mantra sirve para eso, porque ella es inmediata, lo más próximo a uno mismo, nuestro propio yo y por tanto no necesitamos adorarla, invocarla o reclamar su presencia de ningún modo. La mejor forma de adoración es la profunda comprensión o realización de esta consciencia infinita.

Por eso suele decirse que el Señor Rudra (*Shiva*) es la autoexperiencia espontánea y pura que mora como consciencia en todas las substancias. La semilla de todas las semillas, la esencia del mundo objetivo, la más grande de todas las acciones, la causa de todas las causas y la esencia de todos los seres, aunque de hecho no produce nada ni es un ser conceptual como el resto de los seres y por tanto, no puede ser concebido. Es la consciencia en todo lo consciente, que se conoce a sí misma como su propio objeto, consciente en su interior de esta diversidad universal.

Es la consciencia pura e incondicionada de todas las experiencias. Es la verdad absoluta y por tanto no es verdadera como los conceptos, pues no está sujeta a la definición de verdad o falsedad. Es el último término de comparación de toda verdad, la realidad primordial, pura consciencia absoluta y nada más.

Sin embargo, aparece teñida por el deseo o la atracción del placer sensible y entonces se transforma en experiencia de ese placer, aunque esa experiencia placentera es la mancha con que ella misma se ha cubierto o velado. Incondicionada e indivisible como el cielo, se convierte en algo limitado y dividido. En esta consciencia infinita se producen millones de espejismos conocidos como universos objetivos que se multiplican sin término. Pero fuera de esa consciencia infinita, no hay nada real: la luz y el calor se perciben como si estuvieran fuera del fuego, pero no tienen ninguna independencia con respecto a él.

La consciencia infinita puede ser comparada con la última partícula subatómica que oculta en su seno la mayor de las montañas. En un sólo instante, abarca la extensión de todos los siglos, porque nunca se separa ni se desdobla de sí

misma como algo distinto. Más diminuta y sutil que la punta de un cabello, penetra el universo entero, nadie ha visto sus límites o acotaciones.

No hace nada, se limita a imaginar el universo y a eso lo llamamos creación. Manteniéndole en su totalidad, tampoco hace nada. Aunque no es substancial, penetra y reside en todas las substancias. El universo es su cuerpo, pero no tiene cuerpo. Es el eterno ahora, pero también es el antes y el después. A menudo, sonidos carentes de significado alguno cobran significación cuando se trasmiten de unos individuos a otros como artificios convencionales. Todas las ideas sobre el ser y el no ser están basadas en la lógica, pero la infinita consciencia está más allá de toda verdad lógica como hemos dicho antes: es, incluso, lo que no es.

Produce las flores que perfuman y la nariz que huele su fragancia. Es capaz de producir las substancias del universo y los órganos sensibles que las detectan. La energía *shakti* de esa consciencia es capaz de crear todo el universo y luego, con la idea contraria, reducirlo al estado de vacío.

Esta aparente creación no es más que una

reflexión de la consciencia, que parece haber tomado cuerpo a lo largo del tiempo. La "*trimurti*" (*Brahmâ, Vishnu y Shiva*) es la manifestación del poder cósmico o energía que decide lo que debe ser y lo que no debe ser. Pero la consciencia no crea nada en absoluto, es como una lámpara que ilumina una habitación en la que están ocurriendo unos hechos que no la afectan.

En ese momento, Vâsishtha preguntó:

"Señor, ¿cuál es la energía de esa consciencia y cuáles sus poderes y actividades?"

El Señor contestó:

Sobre la energía o "shakti"

El supremo ser no tiene forma, pero presenta cinco aspectos esenciales: voluntad, espacio, tiempo, orden causal y la naturaleza cósmica inmanifestada. Tiene incalculables poderes o potencialidades, que reciben el nombre de "*shakti*" o "*Mâyâ*", entre las que sobresalen el conocimiento, las fuerzas dinámicas, la acción y la no acción. Se consideran distintas de la propia consciencia y por eso se denominan potencias de la consciencia, pero de hecho no son distintas de ella, sino ella misma.

Esta creación en su conjunto es como un escenario en el que estas fuerzas de la consciencia danzan al ritmo del tiempo. La más importante de todas ellas se conoce como “orden causal” e impone la secuencia de manifestación de los fenómenos. También se conoce por acción, voluntad o querer, etc… Es la potencia que ordena las características específicas de cada cosa, desde la más humilde hoja de hierba al creador *Brahmâ*. Este orden natural no está regido por ninguna emoción, pero no está libre de limitaciones; protagoniza esta danza dramática que conocemos como mundo objetivo, representando diversos papeles (compasión, cólera, etc…) y genera y consume los siglos y las estaciones al compás de la música celestial y el rugir de los océanos, iluminado por el sol, la luna y las estrellas y poniendo en escena infinitos actores que son los seres vivos de todos los mundos. El Señor es el testigo silencioso y alerta de esta danza cósmica. El es, al mismo tiempo, el danzante y la danza, es decir el orden causal y los acontecimientos.

El Señor que merece la adoración constante de los santos, es venerado por los sabios como *Shiva*, *Vishnu*, etc… Ahora voy a describirte las

principales formas en que recibe veneración.

Formas de adorar al Señor

Para adorarlo, uno debe abandonar la idea de cuerpo. El verdadero culto es la meditación. Debemos adorar constantemente al señor de los tres mundos por medio de la meditación. ¿Pero cómo podemos contemplarlo? El es pura inteligencia, más radiante que cien mil soles brillando juntos, la luz que ilumina todas las luces, la luz interior; su garganta es el espacio, el firmamento sus pies, los puntos cardinales sus brazos, los mundos las armas que lleva en sus manos, todo el universo está oculto en su corazón, los dioses son el vello de su piel, las potencias cósmicas sus energías corporales, el tiempo su perro guardián y tiene miles de cabezas, ojos, oídos y brazos. Lo toca todo, lo saborea todo, lo oye todo y aunque está más allá del pensamiento, piensa a través de todo lo que existe. En todo momento lo hace todo, concede lo que cada uno piensa o desea, reside en todo, es todo y lo que tiene que ser buscado por todos. Así debemos contemplarlo.

El Señor no debe ser adorado con objetos materiales sino con nuestra propia consciencia.

No hace falta encender velas, ni derramar incienso, ni ofrecerle flores, alimentos o pasta de sándalo. Puede ser alcanzado sin el menor esfuerzo y sólo puede ser adorado por la profunda comprensión o realización del ser. Ésta es la meditación y la adoración supremas: la continua e inquebrantable consciencia de su presencia interior, la luz interior de la consciencia. Mientras hacemos cualquier cosa: ver, oír, tocar, oler, comer, movernos, dormir, respirar o hablar, debemos comprender y realizar nuestra naturaleza esencial como consciencia pura. De este modo alcanzaremos la liberación.

La meditación es la ofrenda, el agua que se ofrece a la divinidad para lavar sus pies y sus manos; el autoconocimiento alcanzado por la meditación es la flor que debe servirnos como nueva ofrenda de posterior meditación. El ser no puede ser alcanzado por otro medio que por la meditación. Si somos capaces de meditar siquiera por trece (?) segundos, aunque seamos ignorantes, conseguimos más méritos que liberando a una vaca por caridad. Si conseguimos meditar durante ciento un (?) segundos, obtendremos los mismos méritos que practicando el más sagrado de los ritos. Si la duración de la

meditación alcanza los doce minutos, el mérito es mil veces mayor. Si permanecemos todo un día meditando, llegamos a la más alta esfera, que es el *yoga* supremo, el supremo "*kriyâ*". El que practica este tipo de adoración es alabado por los dioses y los demonios y por el resto de los seres. A pesar de ello, ésta sólo es una adoración externa.

Ahora voy a describirte la adoración interior del ser, que es la más grande entre las más puras y consume la ignorancia de modo absoluto. Tiene que ser constante, ya estemos de pie o caminando, dormidos o despiertos, en cualquier actividad. Es preciso contemplar al Señor sentado en el corazón y, produciendo todas las modificaciones en el interior de uno mismo. Es preciso adorar el "*bodha-lingam*", la consciencia manifestada o autoconsciencia, que duerme y despierta, camina y se detiene, toca lo que tiene que ser tocado, abandona lo que tiene que ser abandonado, disfruta los placeres y prescinde de ellos, se ocupa de las actividades externas, concede valor a las acciones y permanece en los órganos vitales como silenciosa quietud. Esta inteligencia interior debe ser venerada en todo lo que nos sucede impremeditadamente.

Firmemente sentados en la corriente de la vida y de sus experiencias purificadas con el baño del autoconocimiento, debemos adorar esta inteligencia interior con los materiales de la realización del ser.

Debemos contemplar al Señor como la luz proyectada por el sol y la luna, como la inteligencia que yace oculta en los objetos materiales, como la consciencia extrovertida que fluye a través de los conductos corporales hacia el mundo exterior, como el "*prâna*" que se agita delante de nuestra nariz, como la potencia que transforma los contactos sensibles en percepciones significativas, como el conductor del "*prâna*" y del "*apâna*" que habita en secreto en la cueva de nuestro corazón. El que conoce todo lo conocible y realiza todas las acciones, el experienciador de todas las experiencias, el pensador de todos nuestros pensamientos. El que conoce inmediatamente todas las partes o miembros de nuestro cuerpo, ilumina todas las experiencias y es reconocido como ser y como ausencia

Aunque lo es todo, no tiene partes, aunque es omnipresente, reside en el cuerpo, disfruta sin disfrutar, es inteligencia en cada miembro. En la

mente es la facultad de pensar y está en medio del "*prâna*" y del "*apâna*". Habita en el corazón, en la garganta, en el velo del paladar, en el punto medio de las cejas y en la punta de la nariz. Es la realidad en los treinta y seis elementos, trasciende los estados internos y produce los sonidos interiores, trayendo a la existencia a ese pájaro nervioso de la mente. Es la realidad de lo imaginario y de lo no imaginario. Habita en todos los seres, como el aceite en las semillas. Reside en el loto del corazón (*hridayam*), pero también está fuera del cuerpo. Resplandece como consciencia pura y puede ser visto en todas partes inmediatamente, por que es el puro experienciar de toda experiencia, que aparentemente se desdobla en sujeto y objeto cuando aprehende los objetos de tales experiencias.

Debemos contemplar al Señor como la inteligencia en el cuerpo. Las diversas funciones y facultades corporales sirven a esta inteligencia como las esposas al esposo. La mente es el mensajero que presenta ante el Señor el conocimiento de los tres mundos. Las dos energías fundamentales, la del conocimiento o "*jñâna shakti*" y la de la acción o "*kriyâ shakti*",

son las esposas del Señor.

Los distintos aspectos del conocimiento son sus ornamentos. Los órganos de la acción o "*karmendriya*" son las puertas a través de las cuales el Señor entra y sale del mundo exterior. Es el infinito ser indivisible, que permanece entero e infinito en el cuerpo.

El que contempla de este modo es la misma ecuanimidad, pues su conducta es ecuánime, guiada por una visión justa. Ha alcanzado el estado de bondad natural y pureza interna y es hermoso en todos los aspectos de su ser, porque adora al Señor que es inteligencia que penetra su cuerpo por entero y lo envuelve.

Esta adoración debe practicarse continuamente, día y noche, con todos los objetos que obtenemos sin esfuerzo alguno y son ofrecidos al Señor con la mente firmemente establecida en la ecuanimidad y en la rectitud, porque el Señor es consciencia que sólo se preocupa de los espíritus rectos. El Señor debe ser adorado con todas las cosas que se obtienen espontáneamente y nunca debemos hacer el menor esfuerzo por conseguir lo que no tenemos para adorarle. Todos los placeres que disfruta el cuerpo, como comer, beber, estar con nuestras

mujeres y los demás placeres semejantes, deben ser ofrecidos al Señor. El Señor debe ser adorado con las enfermedades que padecemos y con todas las experiencias desdichadas y los sufrimientos que nos toque soportar. El Señor debe ser adorado con todas nuestras acciones, incluyendo la vida y la muerte y hasta con nuestros sueños. El Señor debe ser adorado con nuestra pobreza y nuestra prosperidad. El Señor debe ser adorado incluso con nuestras peleas y disensiones, igual que con nuestros deportes y nuestros entretenimientos y con las manifestación de las emociones de amor y de odio. El Señor debe ser adorado con las nobles cualidades de un piadoso corazón: la amistad, la compasión, la alegría y la tolerancia.

El Señor debe ser adorado con todo tipo de placeres que nos sobrevengan sin buscarlos, ya sean sancionados por las escrituras o tal vez prohibidos por ellas. El Señor debe ser adorado tanto con lo que se considera agradable como con lo que consideramos indeseable, con lo que consideramos adecuado y con lo que estimamos inadecuado. Por esta adoración, uno debe abandonar lo que ha perdido y debe aceptar lo que ha recibido sin pretenderlo.

Todo nuestro tiempo debe ser ocupado en esta adoración, establecidos en la perfecta ecuanimidad ante todo lo percibido, sea agradable o desagradable. Debemos considerar todas las cosas como buenas y afortunadas o tal vez como una mezcla de fortuna y desgracia. Comprendiendo y realizando que todo es el ser uno, debemos adorar al ser en ese espíritu, contemplando con una visión ecuánime tanto lo bello y agradable como lo repugnante e impermanente. Así debemos adorar al ser.

Debemos abandonar nociones de ser esto o lo otro y realizar que todo esto es *Brahman*, la única consciencia indivisible e infinita. Con este espíritu debemos adorar al ser. En todo momento y bajo cualquier circunstancia, uno debe adorar al ser por medio de y a través de todo lo que obtiene. Uno debe adorar al ser después de abandonar toda distinción entre lo deseable y lo aborrecible e incluso apreciando en las cosas esa diferencia, pero utilizándola como objetos de adoración.

Sin desear ni rechazar nada, debemos disfrutar con lo que obtenemos de modo natural y espontáneo. No debemos sentirnos exaltados ni deprimidos por los objetos, ya sean grandes o

insignificantes, como el espacio no se siente afectado por los objetos que existen y crecen en su seno. Debemos adorar al ser sin deseos ocultos en todos los objetos que coinciden con nosotros en el tiempo, lugar o circunstancias cualesquiera, ya sean considerados socialmente malos o buenos.

En este proceso de adoración del ser, cualquier objeto ha de ser merecedor de adoración porque es de la misma naturaleza que los demás, aunque lo expresemos con diferentes nombres. La ecuanimidad es la dulzura que está más allá de los sentidos y de la mente. El que es tocado por esta ecuanimidad se dulcifica de inmediato, sea cual sea su descripción o definición. Sólo podemos considerar adoración del ser, la que es practicada en estado de ecuanimidad, como el espacio, con la mente completamente tranquila sin el menor movimiento de pensamientos en su interior y en ausencia de toda perversidad. En ese estado de ecuanimidad sin esfuerzo, el sabio experiencia una infinita expansión en su interior mientras realiza sus funciones naturales sin deseo ni reticencia de ningún tipo. Ésta es la naturaleza del adorador de la consciencia. La ilusión, la

ignorancia y el sentimiento del ego no brotan ni en sueños en un hombre como éste. ¡Permanece en tal estado, sabio Vâsishtha, experienciando todas las cosas como hace un niño! Reverencia al Señor en tu cuerpo con todo lo que el tiempo te proporciona en cualquier circunstancia y vive en paz, libre de deseos.

Hagas lo que hagas y estés donde estés, todo es adoración del Señor que es consciencia pura. Considerándolo todo como una adoración del ser, el Señor se siente complacido.

Gustos y disgustos, atracción y repulsión, amor y odio, no se fundamentan en el ser como algo distinto de su propia naturaleza, en realidad sólo son palabras. Incluso los conceptos indicados por los términos “soberanía”, “pobreza”, “placer”, “pena”, “mío”, “otros”, etc… son una adoración del ser, porque la inteligencia que los concibe es el propio ser. El conocimiento del universo es el culto más adecuado del universo.

Cuando hablamos de “este mundo” nos referimos en realidad al ser o consciencia cósmica. ¡Qué sorprendente y misterioso es que este ser que es consciencia pura, parezca olvidar su propia naturaleza y llegue a creerse un “*jîva*”

individual! En este ser cósmico que es la realidad de todas las cosas, no hay división entre el adorador, la adoración y lo adorado. Es imposible describir este ser cósmico que sostiene el universo entero sin fisuras, por que es imposible mostrar otra cosa que tenga relación con él. Los que consideran que Dios está limitado por el tiempo y por el espacio, no merecen ser incluidos en este grupo. Por tanto, después de abandonar todos los conceptos de limitación, abandonando incluso la división entre el adorador y lo adorado, debes adorar al ser con el ser. Queda en paz, puro y libre de deseos. Considera que todas tus experiencias y expresiones son una adoración del ser.

Vâsishtha preguntó entonces al Señor:

¿Cuál es la verdadera naturaleza de *Shiva*? ¿Por qué se le designa también con los nombres de *Brahman* y el ser?

El Señor contestó:

La realidad no tiene principio ni fin ni puede reflejarse en ninguna otra cosa: eso es la realidad. Se la considera como un no ser, porque no se puede percibir con la mente ni con los sentidos.

Vâsishtha preguntó de nuevo al Señor:

¿Hay algo más allá de la mente? Si lo hay,

¿cómo puede comprenderse y realizarse?

El Señor contestó:

Si el buscador se siente impaciente por alcanzar la liberación y está dotado de "ignorancia sátvica", con este tipo de ignorancia y la ayuda de las escrituras, supera la obscura ignorancia, como un lavandera suprime la suciedad de la ropa con ayuda de otra cosa sucia. Por esta acción la ignorancia es desterrada, el ser realiza el ser y se ve a sí mismo en su luminosa naturaleza.

Cuando un niño juega con un carbón, ensucia de negro sus manos. Si se las lava y se pone a jugar otra vez con el carbón, se ensucia de nuevo. Pero sí no vuelve a tocar el carbón, sus manos permanecen limpias. Del mismo modo, si uno investiga la naturaleza del ser y al mismo tiempo detiene todas las acciones provocadas por la ignorancia, la suciedad se desvanece. Pero sólo el ser puede llegar a tomar consciencia del ser.

No contemples esta diversidad objetiva como el ser. No creas que el autoconocimiento es el resultado de la enseñanza de un maestro. El gurú o preceptor posee también mente y sentidos; el ser, *Brahman*, está más allá de la mente y de los sentidos y sólo puede ser alcanzado cuando éstos

han cesado, pero de ningún modo con su ayuda, pues eso significa que aún existen. Sin embargo, aunque la instrucción del maestro, no es realmente un medio para realizar el autoconocimiento, es conveniente considerarlo así en una fase previa de aproximación.

El ser no se manifiesta por las escrituras ni por la enseñanza del gurú, pero tampoco se revela sin ellas. Sólo se manifiesta cuando todo eso actúa conjuntamente. Cuando el conocimiento de las escrituras, la enseñanza del preceptor y el esfuerzo disciplinado del discípulo actúan simultáneamente, el ser se revela por sí mismo.

Naturaleza del ser, Shiva

Lo que queda cuando los sentidos han dejado de funcionar y todos los conceptos de placer y dolor se han desvanecido, es el ser, *Shiva* que también se designa con los términos de “Eso”, “verdad” o “realidad”. Pero lo que queda cuando todo eso deja de funcionar, existe también cuando la mente y los sentidos están presentes, como el espacio sin límites. Por compasión hacia el ignorante que permanece engañado, en un esfuerzo por despertar su sed de liberación, los

redentores del universo (*Brahmâ*, *Indra*, *Rudra* y los otros dioses) han compuesto las escrituras como los *Vêdas* y los *Purânas*, utilizando palabras como "consciencia", "*Brahman*", "*Shiva*", "ser", "Señor", etc… Aunque estas palabras parecen implicar una diversidad de seres, en verdad no existe tal diversidad.

El verdadero significado de las palabras "*Brahman*", etc… sólo es la consciencia pura. En relación con ella, hasta el espacio ilimitado es grosero y substancial como una pesada montaña. Cuando esta consciencia pura se percibe como un objeto cognoscible, da lugar al concepto de inteligencia o consciencia individual, aunque en realidad no es objeto de conocimiento alguno pues es el ser más interno de todo lo existente. A causa de su provisional y errónea conceptualización, la consciencia pura da origen al sentimiento del ego o "*Ahamkâra*".

Este sentimiento produce los conceptos de espacio y tiempo. Dotado con la energía vital que llamamos "*prâna*", se transforma en el "*jîva*" o individuo, que siguiendo los dictados de estos conceptos, duerme en la más espesa ignorancia. Ésa es la mente que surge en conjunción con el sentimiento del ego y las diferentes formas de la

energía psíquica. Todas ellas juntas se conocen como el cuerpo "*âtivâhika*", el cuerpo sutil que se desplaza sin cesar de un plano a otro.

A continuación, son concebidas las substancias objetivas que se corresponden con aquellas energías sutiles del cuerpo "*âtivâhika*" y de este modo son concebidos los sentidos, sus objetos correspondientes y las experiencias que ponen en contacto a ambos. Estos conjuntos se conocen como "*puryashtaka*", aunque en su forma sutil ya hemos dicho que es el cuerpo "*âtivâhika*".

Sustancialidad de los objetos

Así son creadas todas las substancias, aunque de hecho nada ha sido creado. Todo ello sólo son aparentes modificaciones de la consciencia infinita. Como los objetos soñados están en el interior del que los suena, el universo substancial no es nada distinto y separado de la consciencia infinita. Pero igual que los objetos soñados parecen cosas percibidas mientras uno los está soñando, las cosas del universo parecen tener una realidad objetiva mientras la mente está en estado de vigilia

Cuando se comprende la verdad sobre ello,

resplandecen como el Señor. Sin embargo, hasta eso mismo es falso, porque jamás han sido objetos materiales o substancias. Su aparente sustancialidad sólo ha sido producida por el concepto de sustancialidad u objetividad que nosotros experienciamos al producirse la percepción. De este modo, al producir ella misma la sustancialidad, la consciencia ve la objetividad de los objetos.

Condicionada por esos pensamientos, la consciencia parece sufrir y este dolor es su limitación. Pero esta limitación sólo está basada en pensamientos o ideas. ¡La verdad está más allá de tales experiencias y el mundo sólo es un espejismo! En consecuencia, ¿qué es esa limitación mental que construye un objeto y un sujeto limitados? ¿Quién bebe el agua de ese espejismo? Cuando todo esto es rechazado, sólo queda la realidad no condicionada por nada. Podemos considerarlo como ser o como no ser, pero es lo único que hay, lo único que es, lo único que existe. Las limitaciones o condicionamientos mentales son un ilusorio no ser, parecido a un fantasma; cuando las expulsamos de nuestro lado, la ilusión de la creación se desvanece. El que considera real este

espejismo del sentimiento del ego, no está preparado para la instrucción. Los maestros enseñan solamente al hombre dotado de sabiduría, no al insensato que sólo cree en la realidad de este mundo aparente, como el estúpido que concede la mano de su hermana a un hombre que ha conocido en un sueño.

El "*jîva*" percibe los elementos que constituyen su cuerpo en el vacío, como el que sueña percibe muchos objetos en su vacío interior. La consciencia o ser cósmico percibe este universo de diversidades en su interior como si estuviera soñando y este sueño se prolongara hasta este momento.

El "*jîva*" se cree *Brahmâ*, *Vishnu y Shiva*, pero todo esto no son más que formas pensadas, que conciben y perciben otras formas y las experiencian como si fueran verdaderos objetos. La única realidad en estas percepciones es el concepto primordial de ego, que brota en el momento en que la consciencia se concibe como un objeto y piensa que está percibiendo otros objetos. Este instante coincide con un siglo y sus múltiples divisiones también pensadas. En cada átomo de existencia se está representando continuamente el drama de la autoocultación y el

autoconocimiento, que no son otra cosa que formas pensadas y en cada momento creadas por la consciencia cósmica. Pero nada es creado en y por esa consciencia, que permanece siempre invariable e inmóvil.

La montaña vista en un sueño parece existir en el tiempo y en el espacio, aunque no ocupa espacio alguno ni necesita ningún tiempo para aparecer y disolverse. Lo mismo ocurre con el mundo objetivo. Los dioses todopoderosos surgen en un abrir y cerrar de ojos, como el más miserable gusano. Desde el Señor *Rudra* hasta la más humilde hoja de hierba, todos los seres de este universo tienen el mismo modo de existencia, sean colosales personalidades o diminutos microrganismos.

Cuando uno investiga la naturaleza de este "*samsâra*" o universo objetivo, la percepción de la diversidad desaparece en el mismo instante en que se produce el autoconocimiento, que es la realización de *Shiva*. Cuando se consiente que la naturaleza real de la consciencia quede dormida o anonadada siquiera durante la mitad de la centésima parte de un segundo, se producen todas estas creaciones ilusorias y desgraciadas. Con la palabra "*Brahman*", los sabios sólo

pretenden indicar el estado en el que uno permanece firme en la consciencia infinita. En cuanto nos distraemos un instante, concebimos la idea de mundo como real y eso da lugar a una infinita secuencia de diversidades, dioses, demonios, hombres, plantas e insectos. Pero si uno no se desliza de ese estado de consciencia cósmica, comprende que la verdad está presente en todas partes y en cualquier momento.

Después de decir esto, adoré al Señor *Shiva* que me bendijo mientras hablaba con su esposa, Pârvatî. Como había comprendido su enseñanza, abandoné mi anterior modo de veneración y comencé a adorarlo como el omnipresente ser no dual. ¿Pero en todo esto, qué puede ser considerado real e irreal? Un objeto imaginario es descrito imaginariamente por uno mismo, a pesar de comprender que lo está imaginando e imaginar que lo comprende. El ser está en todas partes, como la humedad en los líquidos, el movimiento en el viento y el vacío en el espacio.

Desde que el Señor me instruyó de esta forma, he practicado el culto al ser infinito y gracias a esta práctica, aunque esté ocupado en las tareas comunes, vivo libre de todo sufrimiento. Practico el culto al ser indiviso

aparentemente dividido, con flores y con todo lo que se me ofrece de modo natural, incluso con mis acciones naturales.

Poseer y ser poseído es común a los cuerpos encarnados, pero el *yogui* permanece siempre alerta y esta continua vigilancia es la adoración del ser. Adoptando esta actitud interna y con una mente vacía de apego, deambulo por el terrible bosque del *samsâra*. Si haces lo mismo que yo, no te arrepentirás.

Cuando te sobrevengan las mayores calamidades, como la pérdida de los seres queridos o de la riqueza, si inquieres la naturaleza de la verdad de la manera que te he enseñado, no te verás afectado por la alegría ni por la tristeza. Ahora sabes cómo surgen y cesan esas cosas y conoces el destino del hombre que se deja engañar por ellas por no investigar su verdadera naturaleza. Ellos no tienen nada que ver contigo y tú no tienes nada que ver con ellos. Ésta es la irreal naturaleza del mundo. No te preocupes por ello.

Querido Râma, tú eres consciencia pura jamás afectada por la ilusoria percepción de la diversidad de lo creado. Cuando veas esto, ¿cómo podrán surgir en tí ideas de lo deseable o

lo repugnante? Comprendiéndolo, permanece establecido en el estado de consciencia llamado *turîya*.

Râma intervino en ese momento para decir:

Señor, estoy libre de la ilusión de dualidad. He comprendido que todo esto es *Brahman*. Mi inteligencia se ha purificado, liberándose de dudas, deseos y preguntas. Ni deseo el cielo ni temo el infierno. Estoy firme en el ser. Por tu gracia, Señor, he cruzado el océano del *samsâra*. He realizado la plenitud del autoconocimiento.